



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Matamoros Ponce, Fernando
Reseña de "Retratos de los Mexicanos. Un perfil cultural de las regiones y de las grandes ciudades de México" de Pedro F. Hernández
Bajo el Volcán, vol. 5, núm. 9, 2005, pp. 211-218
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28650912>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

“LOS VALORES DE LOS MEXICANOS”*
VOLUMEN IV, *RETRATOS DE LOS MEXICANOS*
PEDRO F. HERNÁNDEZ, MÉXICO, BANAMEX, 143 PP.

Fernando Matamoros Ponce

Como parte de los procesos de identificación y de transformación social, el análisis de las encuestas de Pedro Hernández es un esfuerzo por resaltar sociológicamente las dimensiones valorativas de lo humano. Su estudio comprende las variables de toda sociología, los puntos de vista de clase, no sólo para tener un acercamiento interdisciplinario del conocimiento sino para poder pensar las encuestas, intentando resaltar lo que refuerza las relaciones sociales, lo que falta, lo que se esconde dentro de los dispositivos de la iniciativa privada, los conceptos y definiciones de la encuesta.

Aunque parezca un pleonasma, ya que las respuestas parecen tautologías repetitivas del modelo neoliberal-posmoderno, diré primeramente que los *Retratos de los Mexicanos. Un perfil cultural de las regiones y de las grandes ciudades de México* permiten analizar, porque nos condensa los contornos culturales, simbólicos y políticos de una encuesta. Facilitan no solamente dejar pensar lo pensado en la organización de respuestas; también ayudan a reflexionar las clasificaciones de cifras de las encuestas de Banamex, expresadas como esencias valorativas de los mexicanos. Sin embargo, además de ser objetivaciones del exterior, verdades en eco con el poder y la dominación, son también expresión de las no-verdades inscritas en las constataciones de los discursos inscritos en las grandes transformaciones entre dos siglos.

* Esta reseña fue escrita para la presentación del libro del doctor Pedro F. Hernández en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Posgrado de Sociología, 25 de abril de 2005.

Para analizar los contenidos de un libro, aunque sea condicionado por el límite de páginas a publicar en una reseña, habría que comenzar por subrayar que la identidad de un libro comienza por el título. ¿Qué es el valor o los valores? Según el diccionario *Larousse*, como sustantivo, se refiere a la calidad física, intelectual o moral de alguien o a la calidad de algo digno de interés y estima, a su *precio* (subrayado mío). Desde un punto de vista filosófico, es lo que una determinada moral establece como ideal o norma (actuando como imágenes ideales de la subjetividad y la ley establecida, es el pensamiento dominante). Parafraseando a Marx, y desde la Escuela de Francfort, los valores confirmados en la pregunta-respuesta no solamente son el espíritu de una época, la ideología universalista de una clase social, sino también la negatividad, lo que se esconde en el disfraz de la identidad (como en los carnavales) del retrato de familias nacionales.

En este sentido, para pensar “los valores humanos” con Pedro Hernández, lo cito: éstos son la “esencia personal y comunitaria de los hombres y al propio tiempo son la dinámica de su actividad [...] se forman los ciclos de la vida y se van distinguiendo los periodos de cambio social en los pueblos” (p. 11).

Desde la teoría crítica del sujeto que quiere pensar la subjetividad nutrida de la objetividad exteriorizada por las palabras de los encuestados; en el deseo de identificar el sujeto-actor-subjetividad con el objeto-sociedad-capital, el tipo de encuestas Banamex busca reafirmar las esencias de la identidad como reflejo de la cultura y del dinero-capital, pero no subraya suficientemente las condiciones económicas y políticas donde se encuentran y se producen estas valoraciones, la lucha de clases. Al leer la obra de Pedro Hernández, sus análisis e interpretaciones, debemos tratar de pensar, como él lo intenta, desde el interior del concepto, pero con la necesaria distancia de la encuesta, para comprender y valorar donde se producen los significados y las significaciones de esta tipología de la pregunta que incluye la respuesta (donde, por cierto, *el carácter de lo mexicano* y lo *indígena* sólo se consolida con lo ibérico, ¿es el *mestizaje* vasconcelista de las buenas familias, la clase media identificada con la *Raza Cósmica* nutrida de un pasado, “lejano ya”, lo salvaje y lo bárbaro?, cf. p. 12).

Además, hay que decir que las encuestas (inspiradas en los esfuerzos de la *Civic Culture* (Gabriel Almond y Sydney Verba¹), fomentadas y financiadas por la iniciativa privada (Banamex), no sólo establecen las confirmaciones de la eficiencia del discurso dominante, presentado como esencia religiosa de lo humano, el capital y el dinero, pensados como la esperanza para salir de la pobreza. También buscan, estratégicamente, donde pueden estar los desequilibrios de las instituciones (¿los Estados mismos por ineficientes, las revoluciones y las resistencias llamadas tradicionalistas pues niegan la modernidad al negarse a la esencia de lo humano en el progreso de la civilizada y buena familia?); en la falta de cohesión social, política y cultural, en los valores en decadencia y los necesarios a rescatar. Sólo para recordar los *finés* de estas encuestas culturalistas a partir de lo político, Almond y Verba, entre otros, buscan la coherencia de los valores a partir de la incompatibilidad entre los fines institucionales del poder y los procesos de construcción de identidad de los individuos y de las colectividades. De manera general, y parafraseando, el objetivo es encontrar las visiones *panorámicas* culturalistas que resalten y rescaten tanto las diferencias como las semejanzas para reforzar (¿“conocernos para mejorarnos” o “vigilar para castigar” mejor las desviaciones?) la esencia humana universal caminando en el buen camino de la regla, la moral resaltada en los valores dignos de precio (“dime quién Eres y te diré cuánto Vales...”).

Desde luego que el libro de Pedro Hernández tiene el mérito de interpretar las estadísticas con lentes humanistas, buscando en las creencias (la honestidad, la franqueza, el apoyo, la lealtad y la inteligencia) las potencialidades sociales para romper con las principales diferencias regionales, la pobreza y la marginación ligada al desarrollo particular de la industrialización. Así, y basándose en las encuestas Banamex, los valores más importantes de los mexicanos se van desplazando de los deseos y aspiraciones de *mejoría de la vida* para la *felicidad* hacia –diría Max Weber– las formas seculares de lograrlo, el *dinero* y el *mercado* (ver páginas 20 y 21). En contrapartida, los defectos que impiden estas realizaciones son las partes negativas de lo humano, lo que no permite alcanzar el cambio, lo *irresponsable*, lo *desordenado*, lo *inepto* al mismo

nivel que lo *descuidado* y lo *pasivo*. ¿Todo lo negativo de las luchas sindicales y políticas del siglo pasado, menos horas de trabajo, vacaciones, libertades, etcétera? De manera casi general, en los retratos de los valores de los mexicanos regionales (afirmaciones, por cierto de lugares de rebeldía), las valoraciones-ideales se deslizan, desde luego, al interior de los espacios políticos, lugares de memoria y de lucha con conquistas sociales (los Estados constituidos de luchas), para tomar en las respuestas y estadísticas del mexicano en la capital del país (pp. 28-29), la misma característica de las descripciones individuales: los políticos (¿representantes de colectivos?) son corruptos y mentirosos, 82% (¿dehonestos?). Los gobiernos, claramente como parte del discurso neoliberal que busca la libertad del mercado, son deshonestos (88%), lentos (76%), despreocupados (73%) y pasivos (67%).

¿Acaso no estamos dentro de la construcción de discursos del mercado, dentro de una filosofía de la historia posmoderna y neoliberal? Críticamente podemos afirmar que las estadísticas, de manera general, por más realistas y empíricas que se consideren, son las constataciones de una subjetividad ligada al poder y la dominación del mercado, la mundialización del mercado y la globalización de un pensamiento conocido como *único*. Son la verdad, pero también la no verdad, lo que se esconde en las negatividades de la identidad y la coherencia social. Las variables, buscando las definiciones de las diferencias en la subjetividad de los valores de esencia, de lo normal, son los esfuerzos por identificar el sujeto con el objeto, lo dicho con la esencia valorativa de una cohesión social, la de la sociedad capitalista imperante.

¿Es casualidad que Banamex (Grupo financiero e industrial) y otros espacios de la comunicación sean los interesados en remarcar estas ideologías, valoradas como verdades en encuestas certificadas por números? Pensamos que toda estadística que las consolide no es inocente. Lleva en su interior las exigencias de la lucha de clases. Así, en política económica se confirman las tendencias de la esencia de lo remarcado paradigmáticamente por la encuesta.

En resumen, y dentro de los discursos mediáticamente correctos, el sistema político debe ser en general, y esto confirmado en todas las re-

giones (ver p. 29 para la capital, p. 60 para el centro y p. 124 para los poblados), “económicamente eficiente (83%) o ser eficaz en economía (80%) ¿para apoyar la iniciativa privada?; dar libertad de participación y acción (82%) ¿de los capitalistas, nacionales y extranjeros? Finalmente, y para confirmar el fin de las ideologías y del “Estado ineficiente”, los encuestados vuelven a confirmar las tendencias en los ecos del mercado (¿la necesaria aplicación de las reformas estructurales?): no se participa más en política porque la irresponsabilidad y la deshonestidad de los políticos está confirmada en la práctica de la *apatía* reinante en los espacios políticos, en la abstención y fragmentación social. Por ejemplo, los capitalinos no creen más en la política porque, supuestamente, no tiene importancia (¿cómo explicar dentro de estas encuestas a los millones de mexicanos en la ciudad de México contra el desafuero de Andrés Manuel López Obrador?)

De esta manera, las afirmaciones, por mayoritarias que sean, no pueden ser verdades absolutas pues, dentro de las constataciones, se confirma como eco social lo que se afirma en los altos mandos de la comunicación y los grupos financieros. En otras palabras, aunque Pedro Hernández se base en una responsabilidad ética y de manera honesta en las verdades expresadas por los encuestados, las propias encuestas de Banamex implican que se recorren afirmaciones estadísticas sin contextualización de los discursos (luchas, símbolos, guerras y paradigmas del poder de la comunicación).

Finalmente, estas estadísticas muestran el retrato de un mexicano deprimido, apráxico, sin confianza. Por el contrario, exponen un mexicano individualista, con fe en el fetiche de la mercancía, los valores de la des-humanización, parafraseando a Max Weber, en medio del hielo condensado del mercado. De la honestidad, pasamos a la crítica de lo colectivo para llegar a las aspiraciones del trabajo individual, el logro individualista para acabar con la pobreza.

Debemos penetrar las significaciones y valoraciones determinando las verdades desde la abstracción para poder leerlas e interpretarlas como visiones del mundo de la modernidad. Las estadísticas de las respuestas sobre las diferencias de la pobreza son valorizadas como “esencias” en

relación con la riqueza del conocimiento (educación) no como efecto del capital y de las fragmentaciones societales sino como parte de las tradiciones que impiden el desarrollo “hacia estadios más altos de conciencia en el universo”. Así, los *Valores de los Mexicanos* de Banamex (1981, 1987 y 1995), mencionados en este texto, buscan en valores de las subjetividades las explicaciones que puedan permitir un mejor desarrollo de lo humano en el capital, un camino de progreso contra el gobierno o la Iglesia. Así, los títulos de las publicaciones dirigidas por Enrique Alducin muestran el carácter de lo mexicano dentro de los paradigmas inscritos en las condenas y destino del mexicano dentro del capital: *México: entre Tradición y Modernidad* (1986) —¿para salir hacia la modernidad hay que vencer a la Tradición...?; *México en tiempos de cambio* (1991) —¿México o entra al cambio (reformas estructurales) sugerido por la modernidad o sigue en la pobreza?; y *En busca de una esencia* (1996) —¿la búsqueda de la esencia se encuentra en la libertad del mercado y en el trabajo organizado por la familia? En estas obras, la pobreza se vuelve el signo de la insuficiencia, falta de reformas estructurales, pero también el camino a seguir, desde luego familiarmente, para salir del atraso y triunfar en el mercado y la libertad. Así se afirma que “trabajar duro” para ganar “más dinero” permite alcanzar la modernidad deseada como aspiración y esencia humana.

Finalmente, Pedro Hernández cita a Enrique Alducin para confirmar las tendencias necesarias a la modernidad de capital: “El paso de la tradición a la modernidad se traduce en el binomio pobreza-riqueza, y la percepción de esa realidad es más aguda que la realidad misma”. Sin embargo, afirma Enrique Alducin, la *familia* (ya no el trabajo contra el capital como poder-hacer) sigue siendo el

[...] centro de la sociedad y principal órgano de satisfacción de necesidades y cada día se fortalece más: nuestra modernidad no la desplaza y sus funciones no serán tomadas por la escuela, el gobierno o la Iglesia. La visión de otras culturas, inevitable con la apertura económica, revalúa por comparación la célula social básica” (citado por Pedro Hernández, p. 11).

Aunque parezca anacrónico, este conflicto y paradigma se instauró en el siglo XVI, en la expansión del capital por el mundo, llamado por Jacques Le Goff el enfrentamiento entre lo *antiguo* y lo *moderno*. En un pasado que parece ayer con el hoy, Le Goff confirma este conflicto contextual y simbólico del enfrentamiento entre las resistencias a la dominación, llamadas lo *antiguo* contra lo *moderno*.

Tal vez, el primer choque entre lo antiguo y lo moderno fue entre los Indios frente a los Europeos. Pero, el resultado fue rotundo: los indios fueron vencidos, conquistados, dominados o absorbidos [...] Casi por todos lados las naciones atrasadas se encontraron en la equivalencia: modernización = occidentalización y el problema de lo moderno fue confrontado al de la identidad nacional. También, casi por todos lados, se distinguió la modernización social y cultural del Otro, como tecnológica, económica y material.²

En estos binomios, no hay salida al destino-condena anunciado.

Quizá con pesimismo, fuerza de objetividad de la desesperanza (por los valores confirmados), dirían en la Ecole Francfort, el libro de Pedro Hernández es un esfuerzo ético y honesto para la comprensión de los valores valorizados en espacios concretos, es la posibilidad de comprender con el conocimiento lo que no se ve en los discursos organizados en la iniciativa privada: la libertad que es no-libertad, la justicia que es no-justicia. Un segundo tomo, o el quinto de Banamex (lo dudo fuertemente pues no está dentro de sus ideales), podría ser un complemento crítico de los valores mediando las subjetividades de la modernidad y sus retratos locales. Como afirmé al principio de esta reseña, el trabajo de conocimiento de las verdades establecidas en los discursos de la identidad y la cultura, como “conciencia del universo” que aplasta las potencialidades de transformación, contiene la dialéctica negativa del conflicto (lucha de clases) participando en las construcciones de la sociedad. Con las hipótesis disponibles, acumulación de *tendencias* en los *hechos* de afirmación del poder, este enriquecimiento podría permitirnos afirmar que las conformaciones grupales y los discursos políticos-financieros que se constituyen en los universos explicativos buscan obtener, como eco de sus

imágenes de clase, lo *necesario* para su existencia, reconocimientos políticos y/o simbólicos como “esencias culturales” fetichizadas a través de los discursos. Así se explicaría el contexto cultural construido bajo una identidad re-inventada y que refuerza relaciones sociales y en correspondencia a los grupos de poder establecido.

En otras palabras, aunque empíricos, debemos servirnos de los aportes conceptuales implícitos en la realidad para comprender los desplazamientos de lo político y la democracia en las eficiencias de la ley y la moral dominante. También, la lectura de este libro nos puede permitir entender las afinidades electivas entre los movimientos y clases sociales, las pertenencias culturales y políticas organizacionales en el acto del discurso, trayectorias con fines y alcances socio-políticos en la arena de los valores y las valorizaciones del conflicto social.

Para finalizar, lo que debería ser también el *principio de esperanza* de un debate abierto, honesto y ético. Podemos estar en desacuerdo con las interpretaciones de Pedro Hernández, pero su trabajo muestra la necesidad de penetrar los espacios de lo empírico de las respuestas como parte del conocimiento de lo social. En este sentido, la crítica que necesita toda obra, como decía Max Weber, permite el nacimiento de otra para crecer en la transformación del texto, con el contacto y en la confrontación de ideas que, seguramente, enriquecen los puntos de vista. “No solamente nuestro ‘destino’ pero también nuestro objetivo [en el conocimiento] es vernos un día rebasados. No podemos terminar un trabajo sin esperar que otros vayan más lejos que nosotros. Este progreso se prolonga al infinito.”³

NOTAS

¹ Gabriel Almond y Sydney Verba (1970), *La cultura cívica*, Euramérica, Madrid.

² Jacques Le Goff (1988), *Histoire et mémoires*, Folio-histoire, Paris, p. 83 (trad. FMP).

³ Max, Weber (1963), *Le Savant et le Politique*, Plon, Paris, p. 88.